

¿Cuál es el propósito de servirle a Dios?

(Job 4—12)

¿Serán castigo de Dios las tribulaciones que sufrimos? Para los tres amigos de Job, la respuesta a esta pregunta era un rotundo sí, pues pensaban que los problemas de éste se debían a su falta de fidelidad a Dios. Hallaban incongruente que un hombre tan entregado a un Dios que es amoroso y santo, estuviera pasando por un sufrimiento de tal magnitud. Pensaban que si Job hubiera sido completamente leal a Dios, éste no habría permitido que le acontecieran tan graves problemas.

LAS EXHORTACIONES DE LOS “AMIGOS” DE JOB

Amonestación de Elifaz y respuesta de Job (4—7)

Elifaz reprendió a Job por no seguir el mismo consejo que él le había dado a otros cuando éstos tenían problemas (4.3–6). Luego le preguntó a Job: “Recapacita ahora: ¿qué inocente se ha perdido? Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?” (4.7). Y añadió: “Como yo he visto, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan” (4.8).

A pesar de las explicaciones, Job no comprendía por qué le habían sucedido tales cosas, pues él no creía haber vivido del modo que Elifaz había dicho. Tal como se desprende de los capítulos seis y siete, Job todavía quería morir. Tampoco creía que Elifaz había entendido lo que le estaba sucediendo (6.15). Les suplicaba a sus amigos que le ayudaran a entender. Les exigió que le demostraran en qué consistía su error, si es que había cometido alguno (6.24). No se estaba resolviendo nada con las palabras. Sus amigos habían sido incapaces de librarlo de su pena y de aliviarle de su dolor. Job le reclamó a Elifaz el hecho de que éste le asustara con sueños (7.14). Elifaz le había hablado de un sueño de terror, en el que un espíritu le había dicho: “¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo?” (4.17). Job no estaba convencido. A su modo de entenderlo, él había estado totalmente consagrado a Dios. Quería saber por qué Dios no le había perdonado su iniquidad y así haberse olvidado de todo —si es que ése era el problema (7.21).

El consejo de Bildad y la respuesta de Job (8—10)

Bildad tampoco sirvió de ayuda. Éste también opinaba que los problemas de Job eran señal de que estaba recibiendo castigo por algún pecado. Dio a entender que si Job fuera verdaderamente justo, Dios le hubiera escuchado cuando le llamó. El hecho de que Dios no le respondía era una prueba para Bildad, de que Job había hecho algo tan terrible que Dios se había apartado de él. Dejó entrever que Job debió haberse olvidado de Dios (8.13). Esto fue lo que dijo: “He aquí, Dios no aborrece al perfecto, ni apoya la mano de los malignos” (8.20). Según lo que Bildad pensaba, lo que Job debió haber hecho estaba lejos de la perfección, pues,

de lo contrario, tales cosas no le hubieran sucedido. Apremió a Job a confiar en Dios. Le dijo que todo el que se olvida de Dios es como el que ha puesto su confianza en algo tan frágil como la tela de araña (8.14–15).

Para Job, el poder de Dios era demasiado maravilloso como para merecerlo el hombre. ¿Acaso estaba obligado Dios, con toda su grandeza, a fijarse en los problemas de un simple mortal? A su modo de verlo, aun siendo perfecto, él no sería digno de que Dios le prestara atención. Se daba cuenta de que no había un sólo hombre que pudiera considerarse verdaderamente bueno delante de los ojos de Dios. La descripción que hace Bildad, de la grandeza de Dios, es una de las más sublimes de las que se encuentran en las Escrituras (8.2–22).

Pero Job seguía confundido (10.15). Él sabía que no era perfecto, pero tampoco era culpable de la clase de iniquidad de la que le acusaban sus amigos.

La acusación de Zofar y la respuesta de Job (11; 12)

Zofar, con sus acusaciones, fue más cruel de lo que habían sido los otros dos amigos con las suyas. Esto fue lo que le preguntó: “¿Y el hombre que habla mucho será justificado?”. “¿Harás escarnio y no habrá quien te avergüence?”. Deseaba que Dios hablara y le hiciera ver a Job su pecaminosidad. Dijo que ¿Dios le había castigado menos de lo que merecía (11.6)! Afirmaba que Dios era todopoderoso —tan grande que a él no se le podía hallar mediante una simple búsqueda. Un Dios tan grandioso debía saber lo que estaba haciendo. Si afligía a un hombre, era porque alguna causa había para ello. Insistía en que si Job se volvía a Dios, éste le aliviaría de su desgracia.

La respuesta de Job a Zofar tiene indicios de sarcasmo: “Ciertamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría” (12.2). Job también era conocedor de algunas cosas. Su sabiduría no era inferior a la de sus amigos. Él sabía que alguna verdad había en lo que ellos estaban diciendo, pero no creía que estaban siendo justos con su reprensión. Se consideraba un hombre justo y recto, que estaba siendo objeto de burla y escarnio.

Estos amigos no le estaban diciendo a Job nada sobre Dios, que él no supiera ya. Job decía que incluso las bestias, las aves y los peces podían enseñarles a sus amigos acerca de Dios: “¿Qué cosa de todas estas no entiende que la mano de Jehová la hizo? En su mano está el alma de todo viviente, y el hálito de todo el género humano” (12.7–10). Job reconocía que todas las cosas están en las

manos de Dios, pero eso no le descubriría a él la misteriosa razón por la que sufría.

¿ES EL SUFRIMIENTO UN CASTIGO?

¿Estaban en lo correcto los tres amigos de Job? ¿Estaba él sufriendo por algo malo que había hecho? ¿Será castigo por el pecado un sufrimiento tan severo? ¿Si así es, entonces por qué no sufren los inicuos más que los justos?

En cierto sentido, todo sufrimiento es resultado del pecado. El problema de la humanidad es el pecado. Adán y Eva experimentaron un gran sufrimiento como consecuencia de su pecado (Génesis 3). Esto no significa que nuestras tribulaciones y momentos de sufrimiento en particular, sobrevengan por causa de pecados específicos que hayamos cometido.

Algunas veces somos nosotros mismos los que nos buscamos los problemas. Cuando quebrantamos las leyes de Dios, sufrimos las consecuencias. Esto es cierto en la naturaleza y en la esfera de lo espiritual. Los que violan leyes naturales, como la de la gravedad, sufrirán. Debemos respetar las leyes de Dios respecto de la naturaleza del fuego y del agua —de lo contrario sufriremos las consecuencias. Jonás se buscó ciertos problemas cuando intentó evadir el mandamiento de Dios (Jonás 1; 2). El ejército de Israel fue derrotado a manos de Ai por causa del pecado que había en su campamento (Josué 7.11–12).

Otras veces los problemas nos sobrevienen a través de otras personas. La muerte de Abel fue causada por el pecado de su hermano Caín (Génesis 4). Él sufrió por hacer el bien. A veces nos sentimos tentados a preguntar: “¿No podría Dios impedir tales injusticias? ¿Por qué no lo hace?”. También podríamos preguntar: “¿Acaso está obligado a hacerlo? ¿Seríamos más fieles si lo hiciera? ¿Le amaríamos más?”.

En la economía divina, los problemas pueden sobrevenirnos, con el fin de que otros puedan recibir ayuda. Dios permitió que José sufriera, con el fin de ayudarle a toda la nación de Israel (Génesis 37–50). Jesús sufrió para ayudarnos a nosotros. Casi todos los siervos de Dios han sufrido en ciertos momentos por el bien de otros. Pablo fue objeto de muchos abusos por causa del evangelio (2 Corintios 4.7–18). Esto fue lo que Pedro dijo: “si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 Pedro 4.16).

Una de las enseñanzas del Nuevo Testamento es que “el Señor al que ama, disciplina” (Hebreos 12.6) y que lo hace con el fin de que “participemos de su santidad” (Hebreos 12.10). En el momento de

sufrir la disciplina, ésta es difícil de soportar, pero después puede dar fruto de justicia. Elifaz estaba en lo correcto cuando dijo: “He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso” (5.17).

LA UNIVERSALIDAD DE LOS PROBLEMAS

No hay nadie que esté exento de problemas. Job mismo declaró: “El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores...” (14.1). Dios no exime a nadie de los problemas, pero nos capacita para que les hagamos frente. No nos da un espíritu de cobardía, sino de poder (2 Timoteo 1.7). Nos da la victoria a través de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15.57). Todo lo podemos hacer en aquel que nos fortalece (Filipenses 4.13).

Nuestro servicio a Dios no nos libraría de nuestros problemas. Esta era una de las falacias en el modo de pensar de los amigos de Job. Ellos creían que si el hombre era fiel a Dios, éste le eximiría de la clase de problemas que Job estaba padeciendo. Elifaz alegaba que si Job buscaba a Dios y se entregaba a su causa, todo iba a estar bien (5.8, 17–27). Le aseguraba que Dios le libraría, le redimiría de la muerte, le quitaría su temor de ser destruido y le traería paz. Le prometió que no vendría a la sepultura, sino hasta en su plena vejez, así como el grano de trigo se recogía a su tiempo.

Sofar alegaba que el hombre justo tenía derecho a similares bendiciones (11.15–19). Los amigos de Job estaban interpretando mal lo que le estaba sucediendo a éste, y él lo sabía. Job sabía que los justos también sufren.

De hecho, a menudo sufrimos por ser justos. El sufrimiento de Job le sobrevino a éste por hacer lo correcto, no por hacer lo malo. Satanás es en parte culpable por el sufrimiento. Él había optado por afligir específicamente a Job, con la esperanza de apartarlo de Dios. Pedro le dio aliento a los que sufrían por hacer el bien, con estas palabras: “Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios” (1 Pedro 2.20). La fidelidad a Dios le trajo aflicción a Moisés, quien escogió “antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado” (Hebreos 11.25). Son incontables los profetas y predicadores que han sufrido por haber escogido hacer el bien.

RAZONES PARA SERVIRLE A DIOS

La pregunta que el libro de Job responde es: ¿Cuál es el propósito de servirle a Dios? Satanás

creía que Job le servía a Dios porque éste le había bendecido. Dios se propuso demostrar que el servicio de Job se originaba en su devoción a Dios.

El libro de Job no es tanto un estudio de ¿por qué los justos sufren?, sino de ¿por qué ser justos? ¿Servimos a Dios porque le amamos y somos devotos de él o es tan sólo por las bendiciones que recibimos? Si le servimos pensando en que estaremos libres de problemas, nos vamos a desilusionar. Servir a Dios para escapar de las pruebas es como entrar a una competencia de maratón para evadir el entrenamiento. Cuando un corredor se registra para correr en una maratón, lo hace sabiendo de que le esperan agotadoras jornadas de entrenamiento y práctica, además del dolor que le producirá la carrera en sí.

Nos estamos equivocando de pregunta. La pregunta de la vida no es: ¿Por qué sufre la gente? Toda la gente sufre. Las tribulaciones son inevitables. Es nuestra actitud hacia las tribulaciones lo que determinará su efecto sobre nosotros. El sol le alumbra a todos. Puede que broncee a unos y le cause quemaduras a otros, lo cual depende de la textura de la piel de cada uno. Del mismo modo, la forma como le hagamos frente a los problemas depende no tanto de la cantidad de éstos, sino de la textura de nuestras vidas.

Dios nos ayuda en nuestras tribulaciones, pero no las elimina de nuestra vida. De hecho, cuando le servimos, vamos a estar enfrentados a tribulaciones de diferente tipo. Dios puede cambiar el modo como vemos los problemas. Puede ayudarnos a ejercer control sobre nuestro entorno en lugar de dejar que el entorno ejerza control sobre nosotros.

Debemos aprender a amar a Dios y a servirle por lo que él es, no por lo que él haga por nosotros. El servicio a Dios tiene sus recompensas y bendiciones; pero si le estamos sirviendo tan sólo por lo que obtenemos de ello, no vamos a ser capaces de distinguir las bendiciones cuando lleguen. Por ejemplo, Jesús dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20.35). Si le sirviéramos a Dios tan sólo con el propósito de recibir de él, no podríamos experimentar la bendición de dar. Cuando le servimos a Dios porque le tenemos devoción a él, podremos ver sus bendiciones aun en medio de las pruebas.

CONCLUSIÓN

Debemos aprender a servirle a Dios con el fin de *hacer* el bien, no con el fin de *recibir* bienes. Debemos querer ser buenos, no para que se nos haga el bien. El más grande gozo de la vida piadosa es a menudo el gozo de hallar victoria en las

tribulaciones, de vencer un obstáculo, de ayudarlo a otro a través de las lágrimas de la desesperanza cuando lloramos con éste y nos condolemos con él

hasta que esas lágrimas se sequen y la esperanza se abra paso entre los nubarrones. ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados